



# Sobre metodología históricomilitar

Por JOSE M.<sup>a</sup> AYMAT  
General de Aviación.

El Coronel Tournés terminaba su ciclo de conferencias a los alumnos de la Escuela de Guerra de París sobre métodos y procedimientos de trabajo para la Historia Militar, recomendando una *previa y constante desconfianza* en el examen de documentos y testimonios históricos, como si todos hubieran tenido el propósito de engañarnos.

Y, sin embargo, hay que investigar y descubrir la verdad, sin la cual la historia no sería Historia. No olvidemos que si la personalidad de Herodoto es considerada como Padre de la Historia, también pudo merecer el dictorio de Padre de la mentira.

Toda fuente histórica debe ser objeto de una *previa crítica externa* que se refiere a su autenticidad, evitando conformarse con referencias de segunda mano, que pudo dejarse llevar de motivos, no siempre censurables desde puntos de vista singulares, para desvirtuarse, y, muchas otras veces, completamente de buena fe, contener erratas de copia, o ser parciales, suprimiendo conceptos que tergiversen el sentido. Siempre que se pueda debe irse a la fuente original y, al tomar notas de referencia, nunca omitir el detalle del lugar de dónde se tomó, para poder volver a él en las ulteriores confrontas.

Esta consulta de originales se logra acu-

diendo directamente a los archivos históricos, y constituyéndolos para los tiempos recientes, antes de que lleguen a perderse.

Y tras esa crítica externa se procederá a la crítica que se llama interna de la fuente histórica, crítica que debe responder a la pregunta: ¿Hubo sinceridad?

Pasemos a examinar la diversidad de materiales con que, o sobre que, trabaja el historiador.

No todo es documentación escrita. Baste recordar el tan conocido como discutible testimonio monumental que califica de glorioso el nombre de Bailén, en el Arco de la Victoria de París. La Historia deja huellas de su curso en una gran variedad de objetos.

Entre los años 1947 y 48, nuestro Servicio Histórico Militar dió a la guarnición de Madrid un primer curso de Conferencias de Metodología y crítica histórica, llevando a ella a los Catedráticos más ilustres de la Universidad, y si el tono generalizador, casi divulgador, a que la variedad de conferenciantes, y el carácter del auditorio obligaron, apenas hicieron más que descubrirnos tan extensos como insospechados horizontes; algunas conferencias hubo, como la del 27 de enero de 1948, de don Antonio del Ce-

rro y de la Torre, sobre Heurística (1), que fueron ya de completa instrucción. Están publicadas por el Servicio.

Profundizando más en el tema, hay que acudir a tratados sobre esa técnica, para iniciarse en la cual recomendamos el libro del padre Zacarías García Villada, S. J. (2).

Es también muy interesante el artículo del entonces Teniente Coronel Grasset, "Comment mettre sur pied une monographie de combat" (3).

Fácil son de encontrar las noticias de Prensa, pero la asignación política de los corresponsales, gubernamental o de oposición, devotos o no a la personalidad del Director de las Operaciones, las mejores o peores relaciones con los Jefes de E. M. o Cuartel General que den la información, la misma idiosincrasia personal de informantes e informados, imprimen fatalmente un carácter subjetivo a los relatos periodísticos de una campaña. Recordemos las nuestras de Marruecos.

En cambio, como guía primera de investigación, cuando sólo se trate del estudio de hechos concretos, cuya fecha se conozca a ciencia cierta, sí son muy útiles, y si cuando el corresponsal es hombre ecuánime, culto en cosas militares, aunque no llegue a ser profesional, y sabe captar el ambiente, sobre todo en su carácter psicológico, son utilísimas sus indicaciones, incluso, contemporáneamente, al Mando que dirige las operaciones.

De todos modos, esta fuente de noticias exige, de todo punto, ser comprobada por multiplicidad de testimonios.

Los comunicados oficiales, que recoge la Prensa, tienen un sello de autenticidad gran-

(1) Ciencia que da a conocer las fuentes históricas y el auxilio que otras le dan para su estudio. Viene del griego "euristo", investigar.

(2) "Metodología y Crítica histórica", 394 páginas de 18 X 13, con 25 láminas. Tomo I de una Historia Universal dirigida por el doctor Ibarra.—Gustavo Gili.—Barcelona, 2.ª edición, 1921, con numerosa bibliografía.

(3) Páginas 119 a 139 del tomo 30-1928 de la "Revue Militaire Française".

de, pero muchas veces no reflejan la verdad. Conveniencias de la política de guerra obligan a disimularla. Recuérdese que los que se daban durante nuestra Guerra de la Independencia dieron lugar a la frase: "Miente más que la Gaceta", y en tiempos más modernos, los partes de guerra franceses de la primera guerra mundial, que tanto influyeron en el descontento y desmoralización que en 1917 hubo de reprimir el glorioso General Pétain. Y no digamos nada de los Goebels, desde que, en Stalingrado, la Fortuna volvió la espalda a los Ejércitos alemanes.

Y no es que censuremos la conducta del Mando al no decir la verdad, pura y neta. El aspecto psicológico de la guerra y la necesidad de mantener la moral en ocasión de reveses, que pueden ser pasajeros o circunstanciales, lo explican y justifican. Ahí están las pintorescas charlas radiofónicas de Queipo de Llano. Creemos, no obstante, que la verdad, sobre ser virtud en sí misma, tiene, a la larga, la provechosa trascendencia del crédito, que se pierde al descubrirse fatalmente el engaño. Aleccionadores fueron los partes del Cuartel General en nuestra Guerra de Liberación, más creídos de los mismos rojos que los de su propio Gobierno.

Y esa falsedad se da, a veces, en cosas de trascendencia nula. Recuerdo la pintoresca conquista por los rojos de un pueblecito del alto Jarama. Estaba ocupado por una Sección, cuyos soldados robaron las gallinas de una guapa viuda, cuyos favores acaparaba el Capitán de la Compañía, situado más a retaguardia. El motín que la entereza de aquella mujer originó hizo que el Capitán adelantara su Puesto de Mando, y el parte oficial dió como tomado a los fascistas aquel pueblo.

Los Diarios de Operaciones, parece, deberían merecer un crédito casi absoluto. Sin embargo, no es así, porque una de dos: o el Jefe de E. M. los lleva por sí, o delega en un subalterno de la oficina. Si lo primero, en épocas de grave actividad, suele no tener tiempo de ocuparse de su redacción diaria, y en el otro, la falta de conocimiento o cuidado los pueden hacer poco veraces, inconcretos e inexactos. Vengan dos ejemplos: La entrada en Madrid me pilló de Jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército del Ge-

neral Espinosa de los Monteros, que ocupaba el frente. Los primeros días del Gobierno militar de la capital fueron de un trabajo enorme. Sólo al cabo de un mes, al volver a Aviación, recordé que tenía que redactar el Diario de aquellos días.

Reuní, trabajosamente, los datos, y recuerdo mi asombro al comprobar que el P. de M. sólo había estado en la Telefónica apenas cuarenta y ocho horas. Tantas cosas habían ocurrido, y sólo me convencí al recordar que la rendición de Valencia, que me llegó personalmente por hilo directo de una Empresa hidroeléctrica, la recibí ya en el hotel de la Castellana.

Cuenta Tournés que ni él, ni el propio General Pétain, pudieron comprender cómo pudo escribirse en el Diario de Operaciones la existencia de un Consejo en que se dispuso la interrupción de una ofensiva de la que, recordaban exactamente, se desistió espontáneamente, sin orden terminante alguna, ante la inesperada resistencia enemiga.

*Las órdenes de operaciones.*—Parece que han de reflejar, de modo indudable, la voluntad del Jefe, y así es, en verdad, salvo raros casos, de ocultas, por inconfesables, intenciones, como las del Rey David a Joab, respecto a Urías (4). Sin embargo, sus términos fríos y secos no llegan a reflejar el concepto que el Jefe tenía de la situación militar y las preocupaciones del momento en que se dieron, y son ocasionados a dar impresión falsa de los hechos reales que pueden diferir de aquel concepto, incluso, a veces, con el conocimiento posterior, olvidado ya por el mismo que las diera. Hay que comprobar, además, si llegaron a su destino, y en momento oportuno, si la variación de la situación, circunstancias imprevistas o iniciativas del inferior ejecutante y, sobre todo, el enemigo, permitieron su cumplimiento.

A veces vienen precedidos por un párrafo: "Situación general y noticias del enemigo." Aparte de poder constituir indiscreción grave, en campo como éste de lo imprevisto, podrá ser, y será casi siempre, inexacta. In-

cluso a veces reflejará intencionadamente algo distinto de la verdad.

Recordamos la primera toma de Xauen. Corrió la información de que "estaba todo tan bien preparado que apenas habría bajas". Sin embargo, tropas peninsulares, a las que se trataba aún de no empeñar, sufrieron, en Lachaix (flanco derecho), la sorpresa de un fuerte ataque contra todo lo previsto. La guerra es así.

Los partes o informes dados al superior pueden ser erróneos por deficiente observación o informes. Incluso hay ocasiones en que vienen a constituir excusa o justificación de conductas o faltas.

Recordamos el caso de un convoy de 1913 a la línea de las Cudias, desde Condesa a Federico, región de Ceuta. Al comenzar la noche se recibió en Tetuán el parte "Sin novedad" del Jefe de la columna de protección, que mientras hubo buena luz así pudo apreciarlo. Simultáneamente se iban recibiendo partes, de las posiciones, de la llegada de grupos dispersos, con heridos y pérdidas de cargas del convoy. Aprovechando la oscuridad, el enemigo, por la espesura del monte, había cortado la larga fila del convoy, que desfilara aún por el abrupto, compartimentado y largo camino, sin que pudiera darse cuenta el Jefe del conjunto de la operación.

Para aclarar estas dudas hay que acudir a los testimonios personales, como se hace en los expedientes de juicio contradictorio para Cruces de San Fernando y, en general, a las investigaciones judiciales.

Como allí, en Historia, hay que atender al clásico aforismo: "Testis unus, testis nullus", y buscar la coincidencia de varios testimonios para aceptarlos como verdad. No por morbosa incredulidad, en que pudiera hacerse pensar el consejo de Tournés que encabeza este artículo, sino porque la impresión subjetiva, aun sincera en absoluto, es variadísima, recordemos la experiencia de Lord Raleigh, que contamos en nuestro artículo, del que éste no es más que continuación (5), y es variadísima, porque el estado

(4) Samuel, Libro 11, cap. 11.

(5) Ver "Aliquando, bonus, dormitat Homerus", en esta Revista, número de febrero de 1952.

de espíritu del observador induce a fijar desproporcionadamente la atención en cuanto le afecta más directamente, y diferencias temperamentales les hacen más o menos permeables al ambiente del campo de batalla. Frecuentes son los casos de falta de verdad, pues hay quien consciente o inconscientemente miente y cuenta *su* batalla, y ese relato se deforma sucesivamente hasta lo increíble a través de los diversos oyentes, entusiastas o fríos, modestos o fantásticos, concisos unos, otros prolijos, hasta callados, por temor a comprometer a otros.

Una experiencia fácil de hacer es, recordar detalles topográficos del teatro de operaciones de guerra que hayamos llegado a vivir y circunstancias verdaderamente graves. La importancia que el terreno tiene en la guerra nos obligó a fijar en él toda nuestra atención. Vuélvase a él y, frecuentemente, nos llevaremos una sorpresa hasta tener que exclamar: ¡Parece mentira!, y yo que hubiera jurado que...

Es raro que el éxito de una operación no se atribuya por todos y cada uno a su propia Unidad.

En el caso frecuente de disparidad, hay que buscar más y más, y cargarse de paciencia a prueba de decepciones y, a veces, llegan a descubrirse momentos de desfallecimiento que suelen disimularse y no trascienden porque se remedian, pero que son más frecuentes de lo que se cuenta en todas las guerras.

*Las Historias.*—En cuanto transcurre algún tiempo, hay libros escritos sobre los sucesos ocurridos durante cierta etapa. Deben ser consultados, ejerciendo sobre ellos detenida crítica, comprobando los hechos relatados. Es decir, aprovechando el trabajo de sus autores, pero sin seguir a ciegas cuanto afirman, lo que aparte de constituir un simple refrito de su trabajo, prestaría un flaco servicio a la verdad, ya que vendría a presentar como múltiple, y más verosímil, el testimonio único del autor cronológicamente más antiguo, que de modo consciente, o inconsciente, pudo equivocarse.

Por eso es muy conveniente compulsar, unos con otros, los libros diversos sobre un mismo hecho, no siendo difícil deducir si

uno es copia del otro, pues el orden de presentar los sucesos, de relacionarlos entre sí, lo parecido de la expresión cuando no llega a ser copia casi literal, traicionan el plagio.

Autores hay, y hemos de seguir su ejemplo, más nobles y leales con el lector, transcribe al pie de la letra, entre comillas, indicando de dónde tomaron la referencia.

Açudiendo como más veraces, o al menos como más directos, a los autores contemporáneos, podemos dividir las obras en cuatro grupos: *Objetivas, Apologéticas, Memorias y Filosóficas.*

Son las primeras tipo Tucídides, Tito Livio en la antigüedad, algunos cronicones no comprendidos en lo apologético, el "Diario de un testigo de la guerra de Africa", de Alarcón, obra de testigos o actores de la Campaña, y, en general, los buenos corresponsales de guerra actuales. Hombres dotados de un espíritu observador y memoria, o meticulosidad en sus notas, más o menos desarrollado, que con dotes retóricas para presentar los hechos en forma interesante, hicieron fortuna más como literatos que como historiadores. Adolecen del defecto de subjetivismo, de que nos hemos ocupado al estudiar los testimonios personales. No pudieron estar en todas partes, ni verlo todo, ni sustraerse al modo personal de apreciarlo, y les faltó casi siempre el reposado estudio documental, con método rigurosamente histórico. Si alguno pudo, y llegó a hacerlo, construyó una perfecta obra histórica, ideal que propugnamos.

Llamamos apologéticas a las biografías, incluso a las obras generales sin ese nombre, escritas por secretarios, servidores o simplemente admiradores, puros o agradecidos, cuya adoración por su héroe les hace exaltar las virtudes, disimular los defectos hasta límites extremos. Debe procederse con cautela al comprobar los hechos en sí, y dejar, a cuenta del autor, el ditirámico comentario.

De las Memorias de los directores de campañas o de cualquier grande empresa política baste decir que, su objeto, casi siempre, es más justificar su actuación y defenderse de ataques de sus adversarios, o simplemente envidiosos, y el sereno objetivismo se ve

sustituído por un subjetivismo extremado. No obstante, son de utilísimo estudio, porque, como enterados, no tienen igual, y las indiscreciones que frecuentemente contienen, si se comprueban, son altamente instructivas. Vienen a formar la antítesis compensadora de los defectos de las biografías apologéticas.

Obras filosóficas: Son aquellas en que más que el relato objetivo de hechos, se trata de deducir lecciones instructivas. Aunque sea éste el fin último de la Historia, que si no es, debiera ser, maestra de la Vida, cuando el objeto, confesado o no, es demostrar una tesis determinada, no debe darse a la obra pseudo-histórica más autoridad que la que merezca personalmente el autor.

Se dice, con cierta sorna, que con la Historia, como con la Estadística, todo puede demostrarse; no precisa más que habilidad para presentarla. En Zama puso Aníbal los elefantes delante de su línea, pero asustados del griterío y del estruendo de trompas y choque en los escudos de los romanos, retrocedieron asustados, y arrollaron, desordenando, la primera línea cartaginesa. En otra batalla se los colocó detrás, pero al disponer su actuación desordenaron la línea propia que tuvieron que atravesar. ¿Dónde deben colocarse? ¿Delante? ¿Detrás? El auténtico arte militar proboscídeo consistía en crear la línea de columnas y cerrar los intervalos con la maniobra táctica del despliegue de la línea.

De tiempos más modernos, se ha hecho famosa la afirmación de un sesudo filósofo historiador de que de las ocho o diez batallas de Lérida que desde César hasta la de 1938 se han dado, del fracaso de Condé, en 1647 (6), se dice: "La Batalla de Lérida,

---

(6) Los devaneos amorosos del Príncipe, casado con una sobrina de Richelieu, le granjearon la enemistad del Cardenal y ocasionaron mordaces comentarios, que aduladores brindaban al Ministro. Otros lo refieren al fracaso en Margalef (camino de Juneda) (7) del socorro que O'Donnell llevaba en abril de 1810 a la plaza sitiada por Suchet.

(7) Arteché, tomo VIII, págs. 293 a 319.

que no debió perderse." Y, ¡vive Dios!, que se perdió. ¡A qué ridiculeces conduce el pragmatismo a pelo o contrapelo!

Excepcionalmente, se dan casos de ver doblada la personalidad del Historiador objetivo y General de la campaña, de lo que son ejemplos, en la antigüedad, Jenofonte y Julio César, pero la complejidad de la guerra actual lo hace cada vez más raro.

Otro tipo de escritos mixto, de parte oficial e historia crítica, vienen a constituir los expedientes o juicios contradictorios para la Cruz de San Fernando, con la particularidad de que al investigar sobre virtud tan esencialmente militar como es el valor, su ejemplaridad ha de ser difundida por la Historia para ayudar, con el justo culto a la memoria de los héroes, a crear un clima psicológico heroico y marcar normas de conducta para esos difíciles casos dudosos, señalando el camino más digno, como dice la Ordenanza, del espíritu y honor del Oficial.

Es posible hacer su estudio, pues quedan archivados con otras referentes a la Medalla Militar Individual en el Negociado de Recompensas del Ministerio.

No obstante, por nuestra experiencia de Supremo, hemos de hacer presente que, por no exigirlo taxativamente el Reglamento, en general adolecen de la falta del relato del Cuadro general en que se desarrollaron los hechos personalmente heroicos objeto de la inquisición.

Incluso recordamos de algún caso en que se adivinaba que, a consecuencia del parte inicial, formaba el Instructor un juicio previo sobre la inclusión, o no, en determinado caso del Reglamento, y polarizaba, casi exclusivamente, toda su inquisición en comprobar las circunstancias de la letra del artículo correspondiente. Poca enseñanza histórica podría deducirse de un tal expediente, y, a nuestro fin, constituye un mal ejemplo, a no seguir, de Metodología. Cuando se investiga debe tomarse una posición neutral, no dejándose llevar de juicios previos prematuros, que deben reservarse para el final.

*Modo de trabajo.*—Ante todo, acopiar datos de todo orden. La reunión de ellos en Ar-

chivos históricos, a cuyo Servicio se esté afecto, o su traslado a ellos. Fijar con precisión lugares, dados a veces con imprecisión, es esencial. La alegría que los presos en cárceles rojas tuvieron, casi todos, a fines de 1936, al conocer que nuestras tropas habían conquistado Figueras, (¿cómo?, ¿por dónde?, ¿desembarco?), no la pude compartir por que, años antes, había tenido ocasión de conocer las Figueras astures, frente a Castropol y Ribadeo, camino del socorro que se llevaba a Oviedo.

Excuso, pues, decir, que debe tenerse completa la Cartografía, todo lo detallada que exista, y no olvidarse en ella los croquis, o aun fotografías panorámicas, terrestres y aéreas, que en la vertical, para España, poseemos completa, y que debe ser examinada estereoscópicamente. El terreno sigue mandando mucho en la guerra. No olvidar, en estudios algo retrospectivos, el cambio que el tiempo imprime al terreno y sus comunicaciones.

Al estudiar el Peñón de Vélez, el istmo de arena de hoy no existía en 1921-24.

Las anotaciones deben hacerse por fichas, con transcripción literal de lo corto, referido a documento o libro, y página y lugar de ella ( $\frac{3}{4}$  querrá decir: 3.<sup>a</sup> cuarta parte).

El formato o color conviene varíen, según sea cronológico de lugares, o de unidades, y hasta personalidades; en estos últimos ordenadas dentro de cada uno por fechas y sin pereza de repetirlas.

Estas fichas podrán hacerse simultáneamente a la lectura de las fuentes, aunque otras veces convendrá una previa lectura seguida de todo el texto.

Es muy útil que los formatos varíen en la proporción de sus lados, que siempre sobresalgan en algún sentido de los otros, para evitar pueda quedar alguna sin verse, embutida entre otras de otra colección.

Posteriormente, para cada operación o episodio se hará un cuadro en líneas según el tiempo, y en columnas, por grandes unidades, subdivididas por Armas, Cuerpos y Servicios.

De los cuadros se deducen los interrogatorios que deben aclarar puntos dudosos. Los testigos no tienen obligación histórica

como la tienen judicial, pero si se pide con cortesía, agradecida por adelantado, y, sobre todo, nada vaga, sino en forma de cuestionario concreto, al que se añade: "y cuanto se le ocurra referente a estos hechos", se verá correspondido con creces, ya que es muy humanamente halagüeño sentirse objeto de curiosidad ajena a los hechos de que se ha sido protagonista. En los casos excepcionales de un desaire, súfrase éste con resignación, en abnegado culto a la verdad. Ya se averiguará por otro conducto.

Debe comenzarse por los Generales, seguir por el Jefe u Oficiales de los Estados Mayores, los Jefes de Cuerpo y Servicio; luego, como las cerezas, se enzarzan los testimonios y se sigue fácilmente el hilo de las indagaciones. No debe descenderse más abajo de lo que precisa el carácter general, o más monográfico, del estudio.

*Redacción.*—Antes de comenzar a redactar los hechos precisa el historiador un período de abstracción, olvidar la inmensidad de detalles cuya investigación le absorbió tanto tiempo. Hacer, evitando una verdadera miopía profesional, que el árbol no le tape el bosque.

Entonces, sobre la visión de conjunto, trazará un cuadro general y un índice de consideraciones militares.

Fatalmente, el estilo habrá de reflejar la personalidad del encargado del estudio. Porque es defecto que no acabamos de vencer la prolijidad, recomendamos se huya de ella. Párrafos cortos, oraciones concisas. Nuevas y completas, en vez de largos complementos. En una palabra, claridad, más que elegancia.

Ni la escuetísima enumeración de datos y transcripción a la letra de documentos de la narración oficial francesa de las dos guerras mundiales, ni la sobra de comentario crítico que es prematuro, vivos que están los actantes, en todo caso sabiendo ponerse en su lugar y circunstancias, suavizando la crítica con términos: "Parece ser que ... no pudo estar de acuerdo con las reglas preceptivas de tal o cual Reglamento o instrucciones."

Al relatar con elogio, no omitir, al lado

de la Unidad de que se trate, aunque sea entre paréntesis, el apellido de su jefe, y menos cuando se trate de decisiones o actos personales. En cambio, cuando pueda herir susceptibilidades, suprimase el nombre; el que quiera, que lo averigüe, pero no le demos publicidad gratuita.

El éxito o el infortunio se deben a causas muy complejas y no son prueba demostrativa de acierto o valor. Cosas hechas torpemente, no llegan a desvirtuar superioridades de otro orden que, en otros casos arrollan al valor más puro y óptimamente empleado. Y en el orden de las fuerzas morales, sólo el genio militar es capaz de considerarlas rectamente; por algo se las llama imponderables. En general, la relación entre causas y efectos en la Historia es problema tan difícil y discutido como interesante. Si se pudiera experimentar en Historia como en Ciencias físico-naturales el problema de la política previsoría, *Historia magister vitae*, estaría resuelto.

Debemos respeto absoluto a la verdad. Que nadie pueda repetir, escéptico: "¡Así se escribe la Historia!"

Cuando no lleguemos a averiguar algún extremo, si es de escasa importancia, cállase; cuando la posición interrogante sea de esperar en el lector, confesemos noblemente: "No hemos podido aclarar si..."

Para evitar tanto la excesiva extensión como la prolijidad de los capítulos de una obra, el estudio de una campaña divídase en otra general y múltiples monografías de combates u operaciones, incluso de diversos aspectos.

El Tiempo no perdona a quien se permite desdeñarlo. Ya decía Fernando VII: "Vísteme despacio, que tengo prisa." Las monografías sobre Neufchateau y Verdún llevaron a Grasset cuatro y siete años de trabajo. La "Guerra de la Independencia", del General Gómez de Arteche, llegó a ocuparle más de cuarenta años (1860 a 1903), casi toda su vida. La reciente publicación de nuestro Servicio Histórico, "La campaña del Rosellón", es fruto de ocho años de trabajos del Coronel Escartín.

Cuando se emplea el tiempo en forma desordenada o esporádicamente, rinde muy poco provecho. Ahí van unos botones de muestra:

En octubre de 1949 se nos encargó por la Escuela Superior del Ejército una conferencia sobre punto tan concreto como el fracaso del apoyo aéreo alemán a las tropas aisladas en Stalingrado, y que había de formar parte de un ciclo de ellas a cargo del profesor General López Valencia. Contábamos con el recuerdo de la redacción que hubimos de hacer en la revista "Ejército" de la crónica del último par de años de la guerra, de los trabajos que López Valencia y el Comandante Querol, de la Escuela Superior del Aire, tenían ya hechos; de los informes que me pudieron dar amablemente dos generales y un aviador alemanes, servicios amigos y testigos presenciales. La consulta de muchos libros, tantos, que aun descartados los inútiles, la nota bibliográfica que dí contenía veinticuatro citas, incluso de origen ruso, a través del francés, nos llevó no menos de una media de cuatro a cinco horas de trabajo durante cien días, y aun así no quedamos satisfechos de nuestra labor.

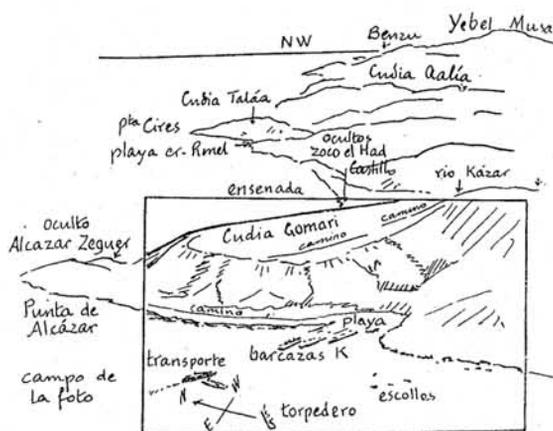
El artículo que precede a éste, respecto a Historia, fué concebido en septiembre; la concreción de datos que sólo recordábamos de memoria nos obligó a la rebusca de datos en numerosas visitas y correspondencia. Sólo a las trece semanas pudimos entregar el original, al desistir, por inútil, alguna gestión rebelde, y aun así, sólo cuando estaba ya en máquina la tirada pudimos entrevistarnos con el Coronel Guillamón, globero libre de Melilla (8), que nos aclaró algunos detalles: el cable no llevaba banderolas, se pusieron desde entonces. Porque el tirón de subida llevó al globo a 2.000 metros, ocultándose tras un celaje de nubes en dirección indecisa, NW., con viento de 35 kilómetros, que el macizo del Gurugú volvía NE. en el aeródromo; además del "Lauria" salió también el "Lobo". Guillamón dió suelta a gas para descender y meter mucho cable en el mar, que frenara su rápida huida hacia el Golfo de León. Hasta las tres horas no se le alcanzó. El "Lauria" agarró el cable. El "Lobo" se empeñaba en recoger al aeronauta. El "Lauria", para evitarlo,

(8) Número de febrero, fin de la primera columna de la página 96.

daba tirones que elevaban globo y barquilla. Al pasar por debajo el "Lobo", ponía, por su chimenea, en peligro de inflamar el hidrógeno. Hasta que, recogido en el "Lauria", el héroe salvado revistó la tripulación ¡en calzoncillos! Y lo que son las cosas: al cabo de muchos años, en un ingenio azucarero de Motril, oyó hablar a dos obreros del globo escapado. Eran, los dos, marineros: uno, ganador del premio, por haber avistado el primero al globo, y que se habían echado a nadar para completar el salvamento. Tardé en dar con Guillamón porque estaba retirado en Málaga, de donde precisamente es Comandante de Marina don Ricardo Calvar, hijo del entonces Comandante del "Lauria" y, él mismo, Oficial del "Lobo".

Para ilustrar un artículo de la revista "Africa" (9) dimos una fotografía del desembarco, que supuse de Alhucemas, y que por no ser de las tan repetidas veía aumentado su interés. Publicado el número, vimos con alarmante sorpresa el pie, que decía: "Desembarco en Alcazarseguer". Tardamos en comprender que la aparente equivocación obedecía a haber copiado la indicación que, única, en el revés de la prueba, aparecía en lápiz, y entonces me propuse comprobar de dónde y cuándo era la tal fotografía. Ni la comparación de la foto con otras muchas del desembarco de Alhucemas, ni con el plano, ni numerosas cartas a los aeródromos de Africa, ni consulta de libros, acababan de aclarar mis dudas. Tras tres o cuatro meses de tozudas investigaciones hube de convencerme de que aquello no era ni la Cebadilla, ni la ensenada de los Frailes, ni un ensayo en la costa entre Cabo Mazari y Ceuta, de la que, además, no se

hablaba en el estudio de Santiago y Troncoso. Y, de ser costa del Estrecho, podría únicamente serlo del revés occidental de la punta de Alcázar; pero no había encontrado noticia de desembarco alguno con barcasas "K" en Alcazarseguer, ni era de suponer existiera, ya que la pacificación de Anyera debió ser después de terminada la del Rif, casi incruenta y llegando a la costa por tierra.



Desistí de más indagaciones, que, por otra parte, no remediaban el *lapsus*, si lo hubo, cuando la casualidad me llevó a presenciar una conversación sobre tal desembarco entre los Coronéles Planas de Tovar y Luis

Boix, compañeros míos de Academia, protagonistas de la segunda ocupación de Alcazarseguer; y lo gordo es que, mientras escribía mis cartas, Planas ocupaba una mesa cuatro metros debajo de mí, en la común vertical, y el Capitán de Navío Colomina, que mandaba entonces el torpedero, tenía su mesa frente a la mía, tres metros al norte de mi posición. Hubo desembarco. Fué el 29 de marzo de 1925. La foto, como suponía, era de la ensenada, a poniente de Kudia Gomari.

¡Paciencia y método! El tiempo aclara, de modo a veces insospechado, las cosas, y si hubiera consultado archivos en vez de testimonios directos, pero de hoy, en personas no habituadas a ver desde el aire el terreno mismo en que viven, y que, por lo moderno, pueden desconocer la historia, aún apenas vieja, de veinte años de esa misma zona en que viven, me hubiera evitado muchas horas de trabajo y una porción de correspondencia inútil del todo.

Paciencia, mucha paciencia, y tenacidad. El infatigable General don Patricio Prieto nos repite: "Busca y encontrarás", y añadiremos que hasta cuando no encuentres lo que busques, el hallazgo inesperado de otras cosas interesantes te producirá satisfacción

(9) Número 100, de abril de 1950: "La Aviación militar en Marruecos".

que compense tu trabajo. Aparte de la que te proporcione poder brindárselo a tus compañeros de servicio.

Problema difícil es la creación de los Servicios históricos oficiales, que no tienen, hoy por hoy, la Aeronáutica Militar ni la Armada. Más que independientes, convendría fueran secciones o ramas del Militar que tiene ya montado el Ejército de Tierra. La reunión de antecedentes en un mismo archivo y la sistematización del trabajo ya en marcha, no harían más que ayudar al éxito.

Los trabajos del General Fuentes, entonces Teniente Coronel, en la Sección Histórica del antiguo Depósito de la Guerra, en el año 1928, que no detallamos por no alargar más este artículo, iniciaron el concepto del trabajo histórico metódico en común (10). En 1940, el Ministro del Ejército, Varela, encargó a su Secretario general, el propio Fuentes, diera forma al Servicio Histórico Militar, y el culto y abnegado trabajador que es el General Benavides, primer director, supo llevar a cabo la tremenda labor de recopilación y metódica clasificación de documentos, que, posteriormente, están dando fruto en las publicaciones recientes del actual director, Coronel Vidal Colmena.

No es fácil la recluta de personal para este Servicio, y menos entre aviadores, más volanderos que dados al frívoluo estudio de papeles. El anonimato mismo en que desarrollan su trabajo es escaso aliciente para él. Habrá que acudir a personal de edad que, en situación pasiva, pueda perdurar en ese Servicio por muchos años, perfeccionando cada vez más su labor. Hay que tener vocación, pero una conciencia honrada, aceptar cualquier misión, que, con inteligencia corriente, el ejercicio desarrolla la aptitud, y, como decía Ramón y Cajal (11) y recoge

(10) Véanse los números de diciembre de 1928 a mayo de 1929, tomos 25 y 26, de "La guerra y su preparación". Reflexiones que sugiere el estado actual de la Historia Militar española.

(11) Página 508 de "Reglas y consejos sobre la investigación científica". Aguilar, Madrid, 1947.

el Secretario del Consejo de Investigaciones Científicas (12), "la paciencia, la minuciosidad, la constancia, son atributos que (cuando faltan) se adquieren pronto con el hábito del trabajo y con la satisfacción del éxito".

La elección debe hacerse por antecedentes de laboriosidad, cultura y conciencia profesional entre personas que hallen placer en el trabajo, no por mero deseo de un destino en Madrid, y que consideren los cargos como una carga, y provisionalmente, pues no son fáciles disponer unas pruebas de concurso en una técnica por desarrollar.

En un principio, la técnica de lo que se llama Seminario histórico, estudio de reducidos episodios interesantes y ya perfectamente conocidos, guiado por maestros curtidos en la Investigación y Metodología históricas, enseñaría a trabajar (13). La prisa de los actuales tiempos no es compatible con la autodidáctica, y si el aprendiz se enseña en su oficio a fuerza de pillarse los dedos con el martillo o a pincharse con la lezna, y el historiador a fuerza de tropiezos, como los que hemos expuesto, es mejor aprender con método racional, aprovechando la experiencia de los demás.

En fin, el consejo de los creadores del Servicio militar actual y el de los directores de los Institutos de Estudios Históricos servirían de guía.

En prensa ya este artículo, nos llega el libro, con pie de imprenta 1950, del Servicio Histórico Militar, "II Curso de Metodología y crítica histórica", 1949, 369 páginas de 27 por 20 centímetros, con fotos y plano.

(12) José María Albareda: "Consideración sobre la investigación científica", 466 páginas de 22 X 15. — Publicación del Consejo. — Madrid, 1951.

(13) En Seignobos, autor de una "Introducción a los estudios históricos" (en español), presenta en sus "Etudes de politique et d'histoire", París, 1934, una serie de ejemplos de Seminario en las Universidades alemanas, especialmente interesante el del estudio militar de Zama. Páginas 83 y 84.